JOSE DE LOS CAMARONES Y EL FLAMENCO JURÁSICO

El limo primigenio de la hoyanca

José Galán García, “José de los Camarones” nació para este mundo la primavera del año 1955, en un lugar humilde, uno de los sitios de referencia para el cante jondo, “La Plazuela”, en el Barrio de San Miguel de Jerez de la Frontera. Y se crió no demasiado lejos, en un lugar llamado la Hoyanca, o como él le llama rindiéndole homenaje en el título de uno de sus trabajos “Joyanka.” (2011).

Su forma de entender e interpretar el flamenco, surge de estas tierras que miran a las aguas de la Bahía de la que apenas les separa unas lomas. Y bien pudo ser depositado allí por la resaca de ese Atlántico que antaño se dejaba sentir con sus cambiantes mareas a las mismas puertas de Jerez, en aquel hoyo primigenio.

El limo fértil de aquel sitio fronterizo entre la ciudad y las marismas, “las playas de San Telmo”, que aún anuncia un horizonte próximo de delta, esteros, playas y océano, le nutrió como se alimenta la agrietada tierra de aquel paraje

cuando llega la época de lluvias. Esa misma tierra que aún esconde su pasado atlante con celo, le vio crecer y hacerse hombre, rápidamente sin tiempo para muchos juegos de niños.

Alguna vez alguien describió el lugar como el seno invertido de una vieja ama de cría, ajada pero aún dispuesta a amamantar, que acumula calostros en su ***graal***, para alimentar como puede a tantas crías hambrientas que acuden a mamar de su fuente; José no fue menos en tal menester. Vástago de estas tierras, heredero de este país de luz de tartesios y andalusíes, sus ojos y sus manos no tardaron en conocer el azote del levante, el ardor del sol, y la fría humedad del fango en el marisqueo, envuelto en la sal y la arena que se adhiere a la piel con la mar, la brisa, y en el sudor del quehacer diario, pues el hambre acuciaba y este medio de ganarse la vida que aprendió mas pronto que tarde de su padre, que luego compagina con el cante, no dejó lugar a alternativa alguna.

Se presenta, a veces, José, oscuro en su concepción de lo jondo, como el limo del estero, y en su cante se nota, pero la luminosidad que se le adivina en su arte, como lumbre en noche cerrada, viene cargada de la argenta blancura del salitre cristalizado por alegrías del sudor de un moderno Prometeo

benefactor de lo humano. Seco y húmedo a la vez como los caldos del viñedo en el ***hinterland*** entre los cercanos puertos y Jerez, no en vano este país de contrastes que luego se extiende hacia el norte, hasta llegar al Guadalquivir, parió el cante jondo, padre del flamenco. Encarando otras en mixtura anímica, con la rabia mal disimulada de unas bulerías, que se hace eco desafiando el infortunio de sus gentes.

Los envites de la vida y los de las miserias de la condición humana le han llevado a altibajos anímicos, pero a fuerza de reinventarse de continuo, su arte no se ha visto perjudicado en lo verdaderamente importante. No cediendo un ápice en lo profesional, siendo extremadamente exigente consigo mismo y con sus colaboradores; dotándole a la postre todo esto de una presencia y capacidad de una dimensión y perspectiva que se hace patente en el escenario a poco que se le preste atención. Buena muestra de esto son sus más recientes trabajos, *"Cuatro jinetes negros", "El cante en su pureza", "Recapacitando", "Jondo" y "Joyanka"*.

José, el de los camarones, que aún continúa con su cesto pregonando la mercancía a son de una cantiña, de una solea, o de un fandango de Lucena. El que sale al escenario honrado y honrando, dándolo todo, y como tal es

reconocido, como lo demuestra sendos homenajes recibidos en los últimos años, o aquel Melón de Oro que en el año 1988 se le otorgará en el Festival de Lo Ferro (Murcia), tornándose trovo al recrear los romances que escuchara del Chozas o Agujetas Viejo, o entonando la liturgia de una toná, en el flamenco lo ha sido casi todo, acariciando su complejo cosmos con manos encalladas, o llegado el caso, enfundadas en guantes de seda de exquisita poesía, la de reminiscencias de zéjeles andalusíes, o la de los poetas andaluces. Palos que otros con mejor o peor humor rechazan interpretar, José los abraza haciéndolos suyo. Escuchar una buena hora de cante y conversación del de los Camarones, puede resultar ser una singular lección de historia del flamenco, en la que se suele bucear por una sima abisal a la que no se le conoce fondo.

Ese mismo flamenco del que todos hablan, que ahora se declara universal, continúa en gran medida siendo enigmático en su génesis primera. Aquella cosa que dieron en llamar de tal modo, otrora existió y se la conoció con otros nombres, prosiguiendo su travesía a medio camino entre el folclore y un arte moderno.

No es de extrañar pues, el que una vez reconocida su raíz de marcado carácter sincrético, implícito en la propia naturaleza de este arte, a la hora de describir este razonamiento y en aras de resumir, algún fabulador se haya permitido alguna licencia poética: “el flamenco es una criatura que comenzó a desaparecer justo cuando se le puso nombre”.

La postura imperante de la flamencología actual ancla su razonamiento en la conservación y ejecución de las formas que derivaron de aquellos tiempos previos a su advenimiento como arte moderno, de los inmediatos y de los estilos o palos propios de singulares maestros, paradójicamente no de todas, estableciéndose purgas ya desde un primer momento y que tras un período de desarrollo constante al ser expuesto a la profesionalidad del espectáculo devino en una larga etapa, está más reciente, hacia los años 70 del pasado siglo, de decadencia, en la que sin embargo resplandecieron a fuerza de contrastes con luz propia algunas grandes figuras. Precisamente de aquellos pletóricos primeros tiempos y de sus artífices a los que apenas llegó a conocer y de los últimos, sus contemporáneos, se impregna el cante de José.

Uno entre pocos en su género, José de los Camarones, representa como nadie ese crepuscular flamenco y como un anacronismo venido de aquellos

tiempos, medrado en esa elipse temporal entre lo que fue y lo que ahora es, se presenta como uno de los últimos dinosaurios heredero de aquello que fue el flamenco antes de llamarse flamenco y en el que sin embargo a fuerza de beber de continuo de tales fuentes, resulta paradójicamente novedosa su concepción de este arte. En las antípodas del pensamiento único, no solo lo asume con mente abierta, lo aplica proyectando con propia idiosincrasia en su formulación que lo hace didáctico sobre su trayectoria histórica, a la vez que arriesga apostando por sus aspectos evolutivos, haciendo uso de altos niveles de inteligencia emocional, recurriendo dada su faceta de compositor a toda una panoplia de recursos literarios, que van desde la mística y la metafísica, como bien se puede apreciar en esta etapa de su trayectoria, pero sobretodo como aspira a demostrar en su próximo proyecto “A mística”, de una poesía que remite a los maestros sufistas, a Santa Teresa o a San Juan de la Cruz; hasta lo más prosaico de un flamenco socialmente reivindicativo, que pocos transitan ya.

José Gil Valencia. Flamenco de Tombuctú.